

grados se verificó bajo los auspicios de Dios, de la Virgen María, de San Juan Nepomuceno y de San Luis Gonzaga, sus especiales protectores.

Habiendo ganado la oposicion, tomó posesion de la Canonjía doctoral en 3 de Abril, concurriendo así con su voto á las decisiones del Consejo de los Obispos.

En 1853 fué nombrado por el Ilustre Obispo, miembro de la Junta Eclesiástica de Censura de las causas pertenecientes al Tribunal de la Fé. En este mismo año el ministro de Justicia, en atencion á los eminentes servicios prestados por el Sr. Suarez, le nombró Rector del Colegio Nacional del Espítitu Santo, cuyo empleo renunció.

El Provincial y Definitorio de Padres Domínicos mandó estenderle el dípoma honorífico de conservador y juez de los privilegios, indultos, concesiones y gracias, tanto del orden de predicadores de Puebla como de toda la Provincia. Restaurada la orden de Guadalupe fué nombrado Caballero, en Noviembre de 1854.

El destierro del Sr. Labastida, Obispo de Puebla, fuera de la República, colocó al Sr. Suarez Peredo, llegado el turno que habia señalado el Prelado, al frente del Obispado como Gobernador de la Mitra: en ese puesto esperaban al Sr. Suarez tribulaciones, prisiones y destierros que sufrió con mansedumbre, sin que nadie haya oído durante su vida la menor alusion, la mas leve queja, ni el mas pequeño recuerdo de la época mas angustiosa de su vida. Fiel á los sentimientos de su conciencia creyó el Sr. Suarez que cumplia bien en aquello que molestaba á las autoridades para aprisionarlo y desterrarlo. Los que han conocido al Sr. Suarez pueden dar testimonio de que era incapaz de malicia é incapaz por lo mismo de crear por voluntad dificultades á las autoridades civiles.

Tantos merecimientos conocidos por su Santidad fueron premiados nombrándole su Camarero secreto y concediéndole particulares gracias.

Hecha una nueva division diocesana en la República y estando acordada ya como dijimos en otro lugar la ereccion del nuevo Obispado de Veracruz, fué preconizado el Sr. Suarez Peredo primer Obispo de esta Diócesis en el Consistorio de 19 de Mayo de 1863, habiendo sido consagrado en la Catedral de Puebla por el Illmo. Sr. D. Carlos M<sup>a</sup> Colina, el dia 8 de Mayo de 1864, apadrinándo el Venerable Cabildo.

\*  
\* \*

El 18 de Setiembre de 1864, nuestro Jalapa, esta hermosa poblacion que recostada sobre el verde tapete del Macuiltepec, parece adormecida con el dulce murmurio de las hojas de sus bosques, se despertó alegre y bulliciosa ostentando las galas de sus dias de fiesta. Muy temprano todos los vecinos adornaban los balcones y ventanas de sus casas con elegantes colgaduras, se levantaban arcos triunfales, se recogian las mas esquisitas flores de nuestros jardines; diríase que esperaba á un afortunado héroe que arrancando un laurel á la victoria se presentaba á ofrecerlo á los pies de la ciudad hermosa del Nuevo Mundo.

¿Quién era el gran Capitan que se esperaba? ¿Dónde estaban escritos sus grandes hechos por el buril de la historia? El primer Pontífice Veracruzano, el humilde Pastor de la Diócesis, llamaba á las puertas de esta ciudad, y ella, con el corazon lleno de alegría, con las lágrimas en los ojos, estendia sus manos para dejar caer á los piés del

Obispo, las flores mas preciosas de sus jardines, y se postraba humilde y reverente para recibir la primera bendicion de su Prelado.

El Sr. Obispo despues de un penoso viaje desde Coscomatepec, habia llegado á la villa de Coatepec el 17 de Setiembre, en donde recibió las felicitaciones que por medio de una comision de su seno le presentó el Ayuntamiento de esta ciudad. En ese mismo dia el Sr. Cura D. Antonio Mateo Rebolledo, como apoderado, tomó posesion del Obispado, con las ceremonias de costumbre, en la Iglesia Catedral, esperando que al dia siguiente hiciera la solemne entrada el nuevo Obispo.

Nosotros estamos acostumbrados á esas alegrías de órden suprema, á ese entusiasmo forjado en las fraguas de las Prefecturas, á ese júbilo espontáneo que nos manda tener el gendarme, enseñándonos las boletas de multa, ó el camino del destierro por no haber sabido alegrarnos, ó por no haber podido, ó querido colgar un lienzo en los balcones de nuestras casas.

A la entrada del Sr. Obispo todo fué espontáneo; no hubo órdenes prévias, ni comision de adornos, y sin embargo, hasta las modestas casas de las orillas de la ciudad estaban adornadas; multitud de hermosos arcos se levantaron desde la Iglesia de San José hasta la morada del Sr. Obispo; era grandioso el golpe de vista que presentaban las calles de San José, nuestras tres elegantes calles principales, las de Belem y Nacional, en donde está situada la casa que graciosamente puso á disposicion del Ilustre Obispo nuestro antiguo amigo el Sr. Lic. D. José María Gorozpe, quien ha heredado la piedad de sus mayores.

Desde las nueve de la mañana del dia 18, el Ayuntamiento presidido por el Sr. Sub-Prefecto de aquella época,

los empleados y multitud de particulares, esperaban en el Atrio y en la Parroquia de San José la llegada del Obispo. Allí se veian representados todos los colores políticos, desde el imperialista que en esos dias gozaba con sus triunfos y veía por todas partes un horizonte color de rosa, hasta el republicano que veía en lontananza el astro que más tarde brillaría en los dias de su gloria. Todos, liberales y conservadores se habian apresurado á rendir el primer homenaje de respeto al primer Pontífice que venia precedido de las noticias de una reputacion acrisolada y limpia.

La campana mayor de la nueva Catedral anunció que el Obispo habia llegado á la garita de Coatepec, desde donde pasó por las calles de la orilla de la ciudad hasta la Iglesia de San José; allí revestido de pontifical y despues de haber hecho las preces que señala el Pontifical Romano, hizo su entrada solemne por las principales calles de nuestra ciudad, acompañado del Clero y de un numeroso pueblo; todos los balcones elegantemente adornados ostentaban á nuestras hermosas paisanas, que arrojaban al paso del Obispo, flores y papeles de colores que contenian composiciones poéticas impresas, y escritas la mayor parte por nuestra simpática poetisa la Srita. Cármen Cortés. El Sr. Obispo, conmovido hasta derramar lágrimas, correspondia á esa prueba de veneracion y de afecto, estendiendo su mano para dar la bendicion á su nueva grey.

Nosotros recordamos que un amigo nuestro, liberal bien conocido, nos decia señalándonos la multitud que llenaba la plaza de armas: "pocas ocasiones por motivos políticos hemos visto una concurrencia mas numerosa." Y así era en efecto; nosotros hemos visto el triunfo de las ideas que mas pueden alhagar á los pueblos; se ha circulado un pom-

poso programa con anticipacion; nuestros mejores oradores han sido señalados para ocupar la tribuna popular, y nunca hemos visto la concurrencia de ese dia; y no se nos diga que era la novedad, nó, nosotros hemos presenciado la entrada de renombrados batalladores conduciendo sus columnas triunfantes; hemos visto la llegada de altos personajes, que eran una verdadera novedad, y jamás á nuestra edad hemos visto una reunion tan considerable.

Habiendo llegado á la Catedral, despues del ceremonial prescrito para tales casos, el Sr. Obispo ocupó el púlpito para dirijir por la primera vez la palabra á los fieles. ¡Qué sencillez de lenguaje, qué palabras tan conmovedoras! Parecia que el nuevo Obispo se habia inspirado en la lectura de las cartas, llenas de consuelo, que los primitivos Padres del Cristianismo dirijian á los habitantes de sus Iglesias, al salir de las catacumbas de Roma, donde se habian refugiado huyendo de las persecuciones de Neron y de Diocleciano. El Sr. Obispo al bajar de la cátedra habia logrado dejar una honda y grata impresion en el corazon de sus oyentes, habia logrado hacerse amar.

Por la noche de ese mismo dia los músicos del 6º Batallon que se hallaba de guarnicion en la ciudad y nuestros artesanos dieron serenata en frente de la modesta casa del Obispo.

Desde al otro dia de su llegada, obrero infatigable el Sr. Suarez Peredo comenzó á trabajar sin descanso en la organizacion, mas bien dicho, en la fundacion de un Obispado, sin recursos, sin los elementos que han encontrado otros Prelados al encargarse de sus Diócesis, aun sin el número suficiente de colaboradores, por la conocida escasez de nuestro clero.

El Sr. Suarez, pobre y modesto, debió el sencillo mena-

ge de su casa á los habitantes de esta ciudad que impulsados por el Sr. Lic. D. Antonio M<sup>a</sup> de Rivera, se apresuraron gustosos á reunir la cantidad suficiente para comprar aquellas cosas absolutamente necesarias al personaje que se iba á hallar al frente de la Diócesis.

No hacia dos meses que habia llegado el Sr. Suarez Peredo, cuando en 31 de Octubre de 1864 dió su decreto episcopal, erigiendo el Seminario Tridentino. Nosotros asistimos á esta solemnidad, y lo confesamos con sinceridad; al ver una casa sin muebles, recién desocupada, sin un libro, sin un instrumento, no queremos decir sin un gabinete, sin un banquillo donde se sentaran los alumnos, francamente creimos que el Seminario Tridentino quedaria en el papel que habia leído el Secretario del Obispo y en el nombre que despues tuvo escrito en sus puertas el edificio. Este colegio fué entregado para su direccion á los Padres de la Congregacion de la Mision, y colocado bajo el patrocinio de San Juan Nepomuceno y San Vicente de Paul.

Un año despues eramos invitados como réplicas á uno de los actos públicos de ese colegio, situado en esa época en el antiguo convento de San Francisco; entonces pudimos conocer los adelantos de los alumnos del jóven plantel.

Amplios y bien ventilados dormitorios, aseo en las camas, un refectorio abundante y sano colocado fuera de la rutina de otros colegios seminarios, afecto de los profesores hácia los estudiantes, todos los muebles y objetos necesarios á un establecimiento de esa clase, he aquí lo que pudimos notar en nuestra primera visita, un año despues de su ereccion.

Merced al afanoso empeño de nuestro respetable amigo el Sr. Presbítero D. Agustin de Jesus Torres, Rector en-

tonces del Colegio, y que ahora se halla al frente del Tridentino de Zacatecas, el Colegio en sus primeras funciones literarias dejó ver de cuánto seria capaz con el tiempo bajo la direccion de sus profesores. Cinco años van corridos desde esa época, y el Colegio, siempre en creces, ha presentado brillantes funciones literarias, magníficas pruebas de fisica experimental, lucidos exámenes de idiomas vivos. Los padres de la Congregacion se han despedido para siempre de la antigua filosofia de nuestros Colegios. El abate Para-du-Phanjas, el Padre Altieri y otros autores de esta escuela han sido guardados como monumentos históricos en los estantes del Colegio.

Se han escogido los mejores textos, se ha adoptado el nuevo sistema para la enseñanza de los idiomas, el Colegio está provisto de un buen número de aparatos y máquinas para la cátedra de fisica, de magníficos atlas geográficos de los mejores autores, de instrumentos de matemáticas y de una biblioteca de cerca de quinientos volúmenes.

El imparcial elogio que el ilustrado redactor del "Progreso Jalapeño," á quien nadie puede señalar como hombre de sacristia ó de retroceso, ha hecho del Seminario en una de las crónicas de su periódico, es la mejor prueba que podemos presentar del estado de este establecimiento, dirigido actualmente por nuestro amigo el Sr. D. Crescencio G. Torres, digno continuador de su hermano en el empeño y dedicacion por el adelanto de los niños. Debido al mérito indisputable del Colejio la mayor parte de los liberales de la ciudad han colocado á sus hijos en ese establecimiento. De él han salido ya varios jóvenes para seguir en la Capital diversas carreras, y otros formados para la eclesiástica, se encuentran ejerciendo su ministerio en las parroquias del Obispado.

Se vé, pues, que debido al Sr. Suarez Peredo, á su inquebrantable constancia, á la fé que abrigó en su corazon cuando erigió el Colegio, pudo ver con placer ántes de bajar á la tumba que el Seminario de Jalapa llegará á dar ilustres ciudadanos, que dedicados á diversas profesiones, vengan á ser el ornamento de nuestra querida Patria.

La antigua parroquia de Jalapa, elevada al rango de Catedral, debia recibir la unción sagrada del Obispo, quien señaló para la consagracion el 27 de Noviembre del mismo año, dia en que se verificó conforme á las prescripciones del Pontifical, con una asistencia numerosa atraida por el encanto que presenta la Iglesia latina en sus ceremonias, por la solemnidad del acto, y por el deseo de ver una funcion religiosa que raras veces se verifica durante la vida.

El 8 de Diciembre, consagrado á la Virgen María patrona de la ciudad y bajo cuya advocacion está la Catedral, cantó su primera misa pontifical el Sr. Obispo, haciendo en un elocuentísimo discurso, como todos los suyos, el elogio de la Madre de Dios, el Sr. Lic. D. José M<sup>a</sup> Mora y Daza, que como egecutor pontificio de las bulas de ereccion habia permanecido entre nosotros.

El Cabildo eclesiástico fué erigido canónicamente, el 25 de Diciembre de 1864, quedando así definitivamente instalado el Consejo de los Obispos de esta Diócesis, y guardado el escaño que deben ocupar nuestras ilustraciones eclesiásticas.

Ya ántes habia nombrado el Sr. Suarez, Provisor en la dignísima persona del Sr. Lic. D. Francisco J. Pineda, y habia rivalidado el nombramiento de Promotor fiscal en el Sr. Lic. D. Ramon M<sup>a</sup> Terán, estudioso y hábil abogado de nuestro foro, y cuya honorífica comision venia sirviendo

en el Estado por diploma de los Sres. Vazquez, Becerra, Labastida y del mismo Sr. Suarez, como Gobernador de la Mitra de Puebla.

Las setenta parroquias de que consta nuestra Diócesis habian sido atendidas conforme á sus necesidades y á su estension; se habian provisto los curatos vacantes, se habian dotado de sacerdotes á las vicarías fijas, se aumentó el número de estas en los lugares donde eran necesarias, se nombraron los capellanes de los establecimientos humanitarios y los empleados del Coro y de la Curia eclesiástica.

Causa admiracion que cuatro meses despues de haber hecho el Sr. Obispo su entrada solemne á esta ciudad, hubiera fundado su Obispado haciendo todo lo que hemos referido, y dejando perfectamente organizada la administracion de la Diócesis. Solamente las personas que poseen el don de gobierno, como tan ampliamente lo tuvo el Sr. Suarez, pudieran haber hecho otro tanto, sobre todo, en una época tan difícil como por la que atravesaba la Nacion entónces.

Todos los domingos y juéves administró en la Catedral y en la capilla de su Palacio el sacramento de la confirmacion, sin que hubiera faltado un solo dia de los mencionados, mientras permaneció en esta ciudad. De la misma manera los domingos por la tarde predicó siempre sobre asuntos del Evangelio, sin que el mas exigente ó el mas intolerante, hubiera hallado en sus palabras la menor alusion á la política tan varia que ha venido conmoviendo á nuestra Patria hace algunos años.

El Sr. Obispo comprendía que las necesidades del rebaño confiado á su cuidado, serian remediadas con prontitud y eficacia, cuanto mas de cerca las conociera, y por esta razon dispuso su primera visita, saliendo de esta ciudad

el 17 de Enero de 1865 para Veracruz y algunas parroquias de la costa del Sur. En los tres meses que duró su visita corrigió los abusos que notó, administró la confirmacion, predicó constantemente, socorrió á los que sufrían y dejó un grato recuerdo entre los habitantes de los pueblos que conocia.

El desinterés del Obispo llegaba á tal grado, que las velas de cera que presentaban los padrinos de los confirmados, las cedió en beneficio de las Parroquias.

Incansable el Sr. Suarez en sus trabajos de fundacion, y sin atender á la época de las lluvias que hace intransitables nuestros caminos, á los pocos dias de haber hecho los oficios de la Semana Mayor en nuestra modesta basílica, con la solemnidad grandiosa que el Catolicismo acostumbra en estos dias de recuerdos, marchó para Orizaba visitando las Iglesias del centro del Obispado, despues de permanecer algun tiempo entre sus antiguos feligreses.

Las visitas siguientes fueron: en 11 de Diciembre de 1865 á las parroquias de la Costa de Barlovento, que duró cuatro meses.

En 21 de Junio de 66 á la parte Oeste del Estado, hasta la parroquia de Zozocolco, permaneciendo en la visita el mismo tiempo que la anterior.

Otra vez á Veracruz, Tlacotalpam y otras parroquias de Sotavento durante cuatro meses, comenzando su visita en Enero de 68; repitió esta á la primera de aquellas poblaciones saliendo de esta ciudad en 27 de Setiembre del mismo año, y pasó despues á Córdoba y Orizaba.

Las parroquias de Tuxpam, y las colocadas mas al Norte de nuestro Estado fueron visitadas en el año de 1869.

El Sr. Obispo durante los cinco años que ciñó la Mitra de Veracruz, visitó *todas* las parroquias y vicarías fijas de

su Diócesis sin que le arredraran para el cumplimiento de su deber, ni las distancias, ni la fragosidad de nuestras Sierras; ni los viages de mar, ni el paso de los rios; se vé por las fechas que hemos apuntado mas arriba, que el Sr. Suarez Peredo no escogia las estaciones mas apropiadas; muchas veces visitó á los pueblos de la Mesa Central y de la Sierra en lo mas crudo del invierno, y los de la Costa y el litoral en el verano mas caluroso. Las necesidades de la Iglesia le señalaban el tiempo de su viage que emprendió casi siempre á caballo, y en muchas partes á pié por lo accidentado del terreno.

Las crónicas de este Estado remitidas de diferentes puntos al "Siglo XIX" y escritas todas por liberales republicanos amigos del Sr. Zarco, describen muchas de esas visitas, pintando á nuestro Pastor como un modelo de virtud y caridad cristianas, seguido en su peregrinacion por un inmenso pueblo, predicando siempre la verdad evangélica y el amor á sus semejantes. Nosotros recordamos haber visto en las columnas del "Siglo" una correspondencia de Misantla, llena de elogios, de respeto y de veneracion hácia el Pontífice Veracruzano.

El gran tren, el lujo, los empleados *ad hoc* de que hemos visto rodeados á otros Obispos en el acto de las visitas diocesanas, nunca los tuvo el Sr. Suarez Peredo; el modesto sacerdote D. Antonio Mamoá, Cura de Actopan, que tambien supo acomodarse á las privaciones y fatigas del Ilustre Prelado, le acompañó varias veces, y otras el sacristan de la Catedral; para el Obispo el mejor acompañamiento era el pueblo que le seguia, compuesto de pobres agricultores, ó de indígenas que abandonaban sus humildes chozas para acompañarle á las aldeas inmediatas.

No contento el Prelado con hacer las visitas pastorales

conforme á las prescripciones canónicas, visitaba á los enfermos, alentaba á los que sufrían, llevaba el consuelo y el bien estar al hogar doméstico, de donde parecía habia huido para siempre la ventura y la felicidad. Con el ejemplo de sus virtudes les enseñaba á despreciar *la figura de este mundo que pasa*, les hacia entrever un porvenir dichoso, perdurable, en las regiones donde mora el Padre que está en el cielo. ¡Cuántas veces al influjo de las palabras conmovedoras y tiernas del Obispo, el padre que habia abandonado á sus pequeños hijos, señalándoles con su conducta el camino de la miseria ó del crimen, volvia arrepentido al hogar de la familia, volvia á estrechar contra su corazon á los objetos del amor de sus dias risueños, regando con sus lágrimas la frente pura de su casta esposa que habia estigmatizado!

El Sr. Obispo comprendia que la santa religion de que era ministro, es toda de amor y de caridad, y se esforzaba en predicar el amor á sus semejantes y la caridad cristiana cuyo objeto y fin se encuentra en Dios.

Antes de su llegada á la Diócesis el Sr. Obispo, en Agosto de 1864, dirigió desde la ciudad de Puebla la primera pastoral á sus diocesanos; en ella les recomendaba *guardar la unidad del espíritu en el vínculo de la paz*, les exhortaba á que procurasen la instruccion religiosa, y que tuviesen *la piedad diligente para las prácticas religiosas*. Las ideas del Pastor fueron escuchadas con religioso respeto al darse lectura á la primera carta del Obispo; todos pusieron su fé en el porvenir, esperando el dia deseado en que pudieran escuchar de su boca las palabras de amor y de resignacion que se veían escritas en el primer recuerdo que dirigía á sus nuevos diocesanos.

Cinco pastorales mas dirigió á los fieles, cuyo estrac-

to ocuparia mucho lugar en estos apuntes. Quédese este trabajo para un estudio escrito por plumas mejor cortadas que la nuestra, conformándonos nosotros con haber recogido y apuntado los datos para que los verdaderos biógrafos, haciendo uso de ellos, puedan presentar á las generaciones que nos sigan un verdadero monumento levantado á la memoria del primer Pontífice de Veracruz.

\*  
\* \*

La voz del Santo Padre se hizo escuchar en la ciudad Eterna, y se difundió por todas las partes del mundo, llamando á los Obispos, para la celebracion de un Concilio que se inauguraría el 8 de Diciembre de 1869. El Sr. Obispo Suarez Peredo, sin tener en cuenta su deteriorada salud, su falta de recursos, los riesgos de un viaje de mar, y el abandono de una madre anciana, se preparó á cumplir con el deber que habia contraído al recibir la unción sagrada. Ante este deber se acallaron los afectos del hijo obediente y amoroso, del hijo que, años atras, atraído por sus simpatías hácia la Sociedad de Jesus, é invitado á ingresar á ella por el Sr. Doctor D. Basilo Arrillaga, desistió tan luego como vió que se hallaba colocado al frente de una numerosa familia, y cuyos hermanos menores que no habian concluido su educacion literaria necesitaban de sus consejos y auxilios; como habia desistido antes de entrar á la Congregacion de San Felipe Neri, por obediencia á sus superiores, que no quisieron que una lumbrera de la Iglesia fuera á extinguirse en la oscuridad de los Cláustros. Esta vez el Sr. Obispo todo lo abandonó corriendo al llamado del Pontífice, para

contribuir con su voto á la solucion de las árduas y difíciles cuestiones de gran trascendencia para el mundo entero, que iban á ser sometidas al Concilio.

Antes de partir el Sr. Obispo hizo su testamento ante el Escribano público de esta ciudad, Lic. D. Antonio C. de Hoyos, nombrando albacea y heredera á su Sra. Madre. En este documento se vé que el Catedrático, el Abogado, el antiguo Cura de Orizaba, el Canónigo Doctoral de Puebla, el Gobernador de su Mitra, el Obispo de Veracruz legaba por *únicos bienes*, su esquisita y escogida biblioteca. El Sr. Suarez habia repartido la mayor parte del producto de sus beneficios y de los altos empleos que sirvió entre los menesterosos, y pobre, muy pobre iba á abandonar á su Patria y á los objetos queridos de su corazon.

Pocos meses ántes de su partida verificó las últimas órdenes en la Catedral; allí le vimos derramar lágrimas sobre la cabeza de los nuevos obreros del Obispado; allí notamos su gran emocion al decirles el amoroso *vade in pace* despues de haber recibido la protesta de obediencia de los sacerdotes, que dentro de breves dias subirian al altar para ofrecer por la vez primera, el sacrificio de la víctima sin mancilla.

El Domingo 10 de Octubre de 1869, iba á ser un dia de lágrimas y de duelo para los habitantes de Jalapa. No obstante el sigiloso cuidado que habia puesto el Sr. Obispo para que se ignorase el dia de su partida, desde muy temprano, el zaguan, los corredores y la ante-sala de su casa estaban literalmente llenos de gentes; para todas tuvo en particular palabras de consuelo, de afecto ó de recuerdo.

En la garita de la ciudad le esperaban multitud de